

## NECESITAMOS UNA CANCION

Es esta la hora crucial del mundo, la de las preguntas definitivas, de vida o muerte, para aquellos a quienes se las formula. La civilización de Occidente, llamada así por contraposición a la de Oriente —fórmula vaga e imprecisa en todo caso— parece haber agotado su ascenso y sus posibilidades. La fórmula de esa civilización se basa en la libertad individual: libertad política, libertad religiosa, libertad económica. Y además en la igualdad de los hombres, lo que implica iguales posibilidades para el éxito de cada uno, cualquiera que sea su raza y condición. La libertad política se traduce en la democracia; la religiosa, en la tolerancia; la económica, en el libre cambio con su fórmula, dejar hacer y dejar pasar, y demás postulados del liberalismo y del capitalismo económico.

Es indudable que esa libertad y las posibilidades iguales para el éxito han tenido como consecuencia el progreso material formidable de las sociedades occidentales y especialmente de Estados Unidos de América. Éxito y pro-

greso material, inmensas fortunas cuyas cifras siempre se cuentan por millones, por una parte, y, por otra, la invención de la maquinaria que ahorra tiempo, permite el trabajo en serie, pero que, a la par que libera al hombre del esfuerzo físico, le ata y somete a esa maquinaria que no puede ser libre, porque la mecánica es predeterminada, precisa e invariable. Y el hombre tiene que adquirir esas calidades, consciente e inconscientemente, porque si no, su mundo, el mundo de máquinas y fábricas y ciudades en que vive, se derrumbaría. Nos encontramos entonces con la contradicción trágica de que, luego de haber creado los medios de liberación del esfuerzo humano y los medios de felicidad y abundancia para satisfacción de nuestras necesidades, esos medios e instrumentos, de pronto, dejan su papel de subordinados y esclavos del espíritu y pretenden tiranizarnos y adueñarse de nosotros.

Es, otra vez, la parábola del libro eterno, la Biblia, que se repite, pero ahora

con proyecciones extraordinarias y decisivas. Nos preguntamos si, en verdad, no hemos sacrificado nuestro derecho de primogenitura –primogenitura de nuestra calidad humana sobre la materia y la animalidad– por el plato de lentejas representado por fábricas, por aviones, por máquinas electrónicas, por satélites artificiales, por bombas atómicas, por proyectiles intercontinentales, por robots de eficiencia pavorosa, y por las otras cosas peligrosas o útiles que tenemos en nuestro cuarto de juguetes del mundo. Nos preguntamos con inquietud y con angustia hacia dónde vamos, y añoramos las épocas de donde venimos. Añoramos nuestras creencias de antaño, nuestra fe en el espíritu, la “nobleza” que no era solamente sangre, sino especialmente valentía, valor y elevada actitud frente a la muerte y a la vida; sentimos que el espíritu se nos está yendo de nuestros cálices sagrados, y que ni siquiera sirve como combustible para motores de aviones y de barcos. Nos damos cuenta cabal de que la felicidad y la paz del hombre no está llena cuando sus necesidades biológicas se cumplen; que no es suficiente el alimentarnos, reproducirnos, vivir

bajo los techos de los rascacielos con aire acondicionado y calefacción automática; sino que hay algo más que es lo fundamental, lo sustancialmente humano, lo que es definición y esencia del hombre. Y ese algo más no está fuera, sino en el interior de nosotros mismos: es el amor, es la piedad, es la plegaria a lo desconocido que está más allá de las estrellas, es el anhelo de crear otras cosas, de subir a otras cimas, de descubrir otros mundos allende los horizontes.

Está desapareciendo de nuestra vista y de nuestros sentidos hasta la naturaleza. Desaparecer y morir es no solamente no existir, sino también cambiar el sentido y el valor de las cosas. Y hay un cambio de esencias y sentidos en nuestra apreciación de la naturaleza y de la vida, o por lo menos una limitación de ellos. La naturaleza es hoy un esquema matemático, una fórmula de Einstein como aquella de la ecuación entre materia y energía. No interesa el canto del río, sino su fuerza generadora de energía; ni el bosque, sino el depósito de maderas para industrias; ni el cielo que antes era azul, sino el camino seguro o peligroso de

aviones; ni el sol, sino la fuente de fuerzas aprovechables, o la causa de las condiciones necesarias para la producción agrícola.

Hemos hecho nuestras la tierra y sus posibilidades; hemos desintegrado el átomo; proyectamos unos viajes a la luna que antes era patrimonio exclusivo de marinos, enamorados y poetas, y que pronto será una estación de televisión o de vigilancia, o algo por el estilo. No sabemos ya qué hacer con tantas cosas, con tantos descubrimientos, con invenciones tan numerosas que se suceden día a día, con tan prodigiosos progreso y riqueza. Reyes de la creación nos sentimos, a pesar de ello, incapaces de ordenar, arreglar, subordinar todo lo que hemos creado para que sirva a los fines esenciales del hombre, a su libertad, a su paz, a su dicha. Quizá nunca en el pasado vivió la humanidad una época de tanta desesperación, angustia, insatisfacción como ahora; todo es oro, riqueza, progreso, y sin embargo no hay el agua limpia y fresca para nuestra sed de caminantes, ni un pedazo de madera para apoyarnos en la fatigosa marcha, ni una estrella que sea guía en la noche lóbrega.

Ciertamente, es ésta una meta de este ciclo de civilización. Pero debe ser también un comienzo. Y no es menester volver atrás; no se puede volver atrás, porque la historia es irreversible, y porque aunque parezca que nada hay nuevo bajo el sol, ya hace dos milenios, un filósofo de Grecia nos demostró que todo pasa y todo cambia y que el río idéntico, realmente, en cada instante, es otro río. Tenemos que aceptar los hombres de nuestro tiempo esta civilización material con sus máquinas, inventos y descubrimientos; pero tenemos que dominar y dirigir ese progreso. Hay que comenzar, a partir de este instante, un nuevo camino. “Es hora ya —decía el Conde Hermann Keyserling— de que la humanidad occidental conozca que por el camino del “progreso” no ha de encontrar “lo único que hace falta”, sino sólo los medios más perfectos para expresarlo. Está bien que la humanidad occidental se apropie de dichos medios, y nada fuera más loco que quererlos negar. Pero, una vez que esto haya acontecido, no por eso estaría resuelto el problema de la vida que se plantea siempre en la misma forma. El único ideal absoluto de la vida indi-

vidualizada viene determinado por el concepto de la perfección. Ahora bien, el hombre moderno, por progresivo que sea, está más lejos de la perfección que cualquiera otro ser. Está más lejos de ella, no sólo que el chino, no sólo que el antiguo y que el medioeval, sino más lejos aún que el negro austral, y más lejos que cualquier planta y cualquier animal”.

\* \*

\*

Hay, pues, que partir, y comenzar una nueva empresa vital. Los viajeros han de tener fe en las virtualidades del alma y han de henchir su espíritu de humildad y también de coraje. La humildad es una virtud de amor, y sólo el amor puede redimir al mundo de su aspereza de hoy, de su soberbia y de sus crímenes. La soberbia está enfrentando a unos hombres contra otros en una competencia de destrucción y de muerte; y es falso que quien tenga las más poderosas armas, las mas infernales y mortíferas, será el campeón y el dueño de la tierra.

Recordemos las lecciones de verdad del historiador inglés Toynbee; recordemos cómo las únicas culturas

auténticas son creaciones del espíritu, cómo la decadencia y la ruina de los pueblos comienza con lo que él llama los tiempos revueltos, y sigue con los imperios de la fuerza para convertirse en polvo y ruinas por obra de la misma espada que se creía eje y garantía de perduración.

Ojalá que, en verdad, sean los tiempos que vivimos, no la meta de una civilización que ha agotado su savia y que está declinando y hundiéndose en el abismo de la destrucción y de la muerte; sino que sea el punto de partida de una nueva peregrinación hacia un mañana más luminoso. Quizá, si tenemos esta convicción y si ponemos en el viaje toda nuestra fe y todo nuestro valor, sea posible que se salve nuestra generación y las generaciones que nos sucederán. De lo contrario, no quedarán ni siquiera pedazos y fragmentos de ruinas como las de Grecia, Roma o Asia. Todo será un montón de hierros retorcidos y de cenizas grises.

Tenemos algunas ventajas sobre las generaciones de antaño. Una de ellas, la conciencia clara de que no habrá vencedores en una tercera guerra

mundial, sino que todos serán vencidos, y de que el mundo de los sobrevivientes será semejante al de hace millares de años, cuando la caverna y el hacha de piedra era todo el patrimonio del hombre. Otro privilegio es el de que, como nunca, los instrumentos del progreso pueden preparar el medio y el ambiente para una vida humana más libre, más justa, más plena de comodidades.

Este es el comienzo y tal es la tarea. Nuestra América, la del Norte, la del Centro y la del Sur, pueden ser la vanguardia de un mundo nuevo. Las virtudes de América sajona deben complementarse con las virtudes de América Indohispana. Ha llegado el momento en que han de primar la calidad y la espiritualidad sobre la materia. Hay que formar un haz del espíritu de libertad, de religiosidad, de moralidad y de optimismo de los americanos del Norte, con el espíritu encendido de fervores, entusiasmos y rebeldías de los americanos herederos de la tradición española, épica, mística y aventurera. Se requieren hombres dispuestos a una aventura más peligrosa y a la par más prometedora

que la que emprendió Colón con un puñado de españoles, cuya voluntad y cuya fe empujaron las tres carabelas sobre el mar desconocido.

Estamos, luego de una jornada de siglos al comienzo de otra. Las generaciones de ayer lucharon, sufrieron y murieron para crear nuestro mundo y nuestra cultura. Millones de hombres con su fe, con su optimismo y con su esfuerzo físico construyeron la civilización y el progreso que son nuestro patrimonio. No les desalentó el fracaso repetido, la pobreza, la enemistad de la naturaleza bravía ni la enemistad y el odio de otros hombres. Conviertieron desiertos en ciudades, en jardines y en huertos. Escarbaron la tierra con sus manos, y luego con sus máquinas para encontrar las riquezas escondidas. Y, cuando sonó el clarín de las batallas, acudieron a ellas para ofrendar sangre y vida, a fin de que la sangre confirmara el ideal, y la vida se extinguiera para asegurar una tierra de libertad y de paz para nosotros.

Tal la lección de ayer. Tal la meta a que hemos llegado y el comienzo de un

camino que hay que escoger en esta encrucijada de caminos. Muchos de ellos llevan a precipicios, otros terminan frente a inaccesibles rocas. Unos pocos desembocan en vastos horizontes y tierras fecundas. Nuestra generación tiene que escoger el camino acertado y, no solamene escogerlo, sino además, y en grandes trechos, tiene que labrarlo en la roca áspera, sobre las arenas movedizas, sobre los precipicios abruptos. Pero, en lo fundamental, hay que escoger, porque lo primero es saber qué consideramos digno de ser salvado, por ser el aliento, la fuerza y el destino humano. Aquí se presenta en su inmensidad y en su profundidad el problema porque, en verdad, es el problema del Destino del Hombre.

Se debaten en la mesa redonda del mundo, las tesis de la libertad, de la justicia y la del imperialismo. Estados Unidos y la cultura occidental, simbolizan el principio de la libertad individual y de la dignidad y respeto al hombre, cualquiera que sea su condición, su ideología, su raza. Rusia, nació con su lema apasionante de la justicia y del trabajo. "Trabajadores

del mundo, uníos; no tenéis otra cosa que perder que vuestras cadenas", fueron frases que se adentraron como un grito de redención en millares de pechos. No nos convencía a algunos su materialismo histórico ni su dialéctica ni el pontificado de Marx o de Lenin. Pero, el propósito, el fin, el camino abierto a los explotados y desposeídos del mundo eran una especie de eco de la voz que resonó en Nazaret, hace dos mil años. El tiempo ha pasado y las realidades han cambiado. Es cierto que Rusia sigue empleando las grandes frases de ayer y otras como la de "democracias populares", aparte de las expresiones de desprecio y de odio par a los otros que no son sino capitalistas, burgueses, explotadores, imperialistas e incubadores de guerras.

Las palabras siguen: tienen una gran virtualidad de permanencia, se niegan a desaparecer o a cambiar, y ni siquiera el milagro de los idiomas nuevos las destruye; siguen viviendo dentro de ellos y, a veces, es la misma palabra latina o griega o árabe, sin cambios, la que forma filas entre las voces de nuevo cuño. Y, entonces, cuando la realidad es otra, la palabra

que antes traducía una verdad, traduce una mixtificación o una mentira. No sabemos a punto fijo qué es lo que resta de los grandes principios de Marx o de Engels. Por lo pronto parece que, por ejemplo, "la dictadura del proletariado" ni es principio ni se ha cumplido nunca. Los que a fondo conocen la realidad soviética y que, por cierto, no son burgueses ni capitalistas, sino pensadores y exégetas comunistas y marxistas, nos dicen que se han agotado o tergiversado esos principios en la política y en la economía que vive Rusia, y que lo que existe es una nueva clase dominante, más implacable y despiadada que la que fue destruida en 1917.

La dialéctica marxista deja al margen inmensos sectores del espíritu humano cuando trata de explicar el pasado y porvenir mediante las formas rígidas del materialismo histórico. Todo pasa, todo cambia y las cumbres a que ha ascendido el hombre, han sido provisionales. Lo que haya de verdad en Marx y sus seguidores es verdad momentánea y provisional, verdad parcial y limitada, que será superada y que ha sido ya superada

por los descubrimientos modernos. Y verdad que, por otra parte, aplicada a la vida, ha demostrado su insuficiencia, como cualquier otra doctrina social, política o económica. Rusia se ha convertido en potencia mundial, con sus pueblos satélites dirigidos y dominados, con una fuerza militar extraordinaria, y con los defectos que imputaba al capitalismo colonialista y explotador. El caso de Hungría, en el cual campesinos, intelectuales y obreros, comunistas en su mayor parte y no reaccionarios, exigieron libertad e independencia, y fueron aplastados por bombas y por tanques, es típico para meditar qué significan ahora las grandes frases de democracia popular, redención del proletariado, libertad y justicia. Se pueden acumular muchas palabras y convencer a los que están ya convencidos de que el caso de Hungría fue dirigido por un Almirante reaccionario de no sé qué nombre y por los millones de dólares de Estados Unidos. Pero serán sólo palabras a través de las cuales pueden verse los ríos de sangre y los cadáveres de hombres, mujeres y niños que, durante un día, tuvieron su sueño de libertad.

De modo que hay que escoger. Y quizá el avío para el viaje pueda ser el anhelo de seguir siendo hombres, cosa que parece tan simple y evidente por sí misma. Hombres, y no cosas ni máquinas ni esclavos. No una tuerca ni una manivela, ni una rueda de la maquinaria del progreso. No el autó-mata que calcula con perfección, que llega a donde le envían, que es un especialista para hacer clavos o ladrillos, y nada más que clavos y ladrillos.

No el ente que repite lo que le ha sido enseñado; que reverencia las estatuas y los retratos grandes de dictadores y tiranos; que tiembla a cada instante porque tras él se encuentra el espía y dentro de su casa el micrófono que escucha hasta su gemido y su plegaria; que está a cada momento en trance de ir al campo de concentración o al poste del suplicio; que no puede expresar sus sueños en versos o en libros, porque un verso o un párrafo del libro pueden estar en desacuerdo alguno de los principios de los que han monopolizado el pensamiento y han escamoteado la Belleza -divina y cambiante, rebelde a los marcos, a las fórmulas, a los principios políticos, para entregarnos un

esquicio estético y doctrinario, de líneas agresivas con condecoraciones de estaño dorado; de los que han promulgado sus nuevas biblias mezquinas, emponzoñadas e intocables. No el ser, en fin, que tiene que ahogar dentro de sí lo que es amor, intuición, fe, porque no sirve para comer ni beber, ni para colocar una carga atómica en París, o en Washington o en Roma o en Moscú.

El anhelo de ser hombres en toda la hondura y esencia que ello representa, eso ha de ser lo que debemos llevar en nuestro atado de peregrinos. Habremos de desembarazarnos de la impedimenta que retarde e impida nuestra marcha. Esa impedimenta está formada por prejuicios, por errores, por graves equivocaciones, de las cuales somos responsables los hombres de este otro lado de la llamada cortina de hierro. El prejuicio de que la riqueza material, las maquinarias, las fábricas, los edificios, las armas destructivas son lo más importante; el prejuicio y el error de nuestras doctrinas capitalistas e individualistas de egoísmos y de ambiciones que han tergiversado el verdadero sentido de la libertad, o

que la han hecho servir para cohonestar la explotación, la injusticia, la desigualdad entre los hombres; los graves defectos de nuestras democracias con sus equilibrios y desequilibrios de funciones, con la ineficacia de sus actos, con sus sistemas de cohecho, de engaño a las masas populares; de mentiras que ocultan o pretenden ocultar la verdad y la realidad del tiempo en que vivimos. Hay que rectificar y hay que enmendar; hay que volver a la fuente cristalina de la verdad, porque solamente la verdad puede salvarnos.

Nuestro peregrinaje ha de seguir los caminos íntimos que permitan un reencuentro con nosotros mismos. Debemos volver a hallar nuestra libertad auténtica y clara, libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad de crítica. Debemos hermanar la libertad con la justicia, de tal manera que ninguna de las dos se pierda, porque la libertad sin justicia significa explotación y miseria para millones de hombres, y justicia sin libertad es una contradicción, pues no puede ser justo aquello que sólo sirve para el reparto de los bienes materiales, y que

destruyen el gran bien de la libertad y de la dignidad humana. Y ambos bienes, justicia y libertad, han de tener por base la solidaridad, el amor que es lazo de luz entre ricos y pobres, humildes y poderosos, enfermos y fuertes, ya que todos ellos son iguales en esencia. Todos, cualquiera que sea el vestuario y el papel que cumplen en el escenario del mundo, tienen adentro un solo dolor, una sola esperanza y un solo destino; todos nacen con la semilla de la muerte en el cuerpo y con la semilla de la perduración en el alma.

Es este el comienzo de una nueva era, y para llegar a la Tierra de Promisión, es menester que hagamos un examen de conciencia los hombres de Oriente y de Occidente y que, arrepentidos de nuestras culpas, de nuestros errores y de nuestros crímenes, unamos las pocas fuerzas que nos quedan en el alma -que son las únicas que importan- para seguir el viaje. Quizá si en ello nos empeñamos y si en ello ponemos fe, amor y tenacidad, podamos bordear la roca contra la cual parece va a estallarse definitivamente la vida del hombre.

Para refrescar nuestras almas, repitamos el canto de Walt Whitman, ese poeta máximo tan norteamericano y, a la vez, tan universal, canto que, sin las esencias y sin la fuerza propia del idioma en que fue escrito, dice, en algunos de sus fragmentos:

*¡Vamos! Los alicientes serán mejores.  
Navegaremos en mares desiertos y sin rutas.  
Iremos a donde nos lleven los vientos,  
a donde nos arrojen las olas y allá  
donde el cliper yanqui corre a toda vela.*

*¡Vamos! Con la fuerza, la libertad, la tierra, los elementos, la salud, la oposición obstinada, la alegría, el amor propio, la curiosidad.*

*¡Adelante! ¡Lejos de toda fórmula!  
Lejos de vuestras fórmulas, ¡oh sacerdotes materialistas de ojos de murciélago!*

*¡Adelante! A aquello que no tiene fin,  
como no tuvo principio.*

*Sobrellevar muchas cosas: caminatas de día, descansos en la noche.*

*Fundir todos los seres en el viaje hacia el que tienden,  
y en los días y noches hacia los que tienden.*

*Fundirlos otra vez en el comienzo de mejores viajes.*

*No ver nada en ninguna parte sino lo que podamos alcanzar y dejar atrás.*

*Mirar el camino hacia arriba y hacia abajo, y ver que se extiende y nos espera y que, por largo que sea, se extiende y nos espera.*

He recordado estos fragmentos del viejo poeta, de corazón de oro y de bronce, porque quizá lo único que hace falta para nuestro viaje es una canción. El que la invente será nuestro abanderado y nuestro guía. No necesitamos aeroplanos supersónicos, ni proyectiles deformes con su carga de átomos despedazados; ni nos hacen falta los dólares ni las libras esterlinas ni los rublos; no nos sirven los elixires e injertos prolongadores de la vejez y retardadores de la muerte. No nos importan las discusiones académicas, ni el pro y el contra de los leguleyos, ni la tesis y antítesis de los

dialécticos, ni los sermones hipócritas y dulzones que pretenden enredarnos y robarnos nuestra alegría.

Sólo necesitamos una canción. Una canción simple que sea como una bandada de alondras o como un ramo de rosas o como un astro del amanecer; que brote de los pechos y de los labios, cual surtidor de aguas cristalinas; que nos levante de nuestro desfallecimiento, cierre nuestras heridas sangrantes, descorra los opacos velos que enturbian nuestra mirada, y nos devuelva el latido fuerte de nuestro corazón de hombres.

¿Para qué sirve una canción?, dirán los filisteos y los saduceos de nuestro tiempo. Una canción no tiene peso, ni color, ni destruye a los enemigos, ni es un principio científico, político o económico. No podemos con ella dominar las revoluciones ni alimentar a los hambrientos. No es siquiera un espectáculo que produzca fondos para sanidad, la beneficencia o las campañas políticas. Una canción no sirve para nada.

Pero no escucharemos esas voces pesimistas. Son las sirenas que pre-

tenden retardar nuestro viaje y que a fuerza de halagar nuestros oídos nos volverán, si las oímos, a las fases del instinto, a la animalidad opaca, al museo zoológico, bien cuidado y bien cerrado con altas alambradas y profundos fosos.

Cantemos nuestro canto de hombres que tienen fe y virilidad y que están dispuestos a defender y a salvar "lo único que importa". Encarguemos a los poetas que tracen las líneas de la estrofa, y dejemos que la música sea cambiante, que tenga del arrullo y del trino y también del rugir de la tormenta.

Entreguemos las insignias de nuestro poderío en las manos fuertes de la juventud, ya que nosotros, hombres maduros, hemos conducido al mundo a esta encrucijada. Que sea la juventud que no tiene prejuicios, ni cadenas, ni consignas, la que levante sobre sus brazos fuertes el Arca Santa que contiene las esencias de lo humano.

¡Quizá así, el bajel pueda desviarse del camino de la roca!

